

HAPPY DAYS

Primera edición abril 2009
© Juan Mejía y autores
Diseño: La Silueta Ediciones 

Este es un proyecto de Juan Mejía,
profesor asistente del Departamento
de Arte de la Universidad de los Andes,
producido con el apoyo del Comité de
Investigación y Creación (CIC) de la
Facultad de Artes y Humanidades.

*Oh you are going to talk to me today,
this is going to be a happy day!*

-SAMUEL BECKETT



Esta publicación hace parte de la exposición “Happy Days”, que además contiene dibujos y esculturas. Agradezco a todos los amigos que aceptaron la invitación a escribir un cuento con este título.

Juan Mejía

el libro al ciego también. Resueltamente crucé la calle y me le acerqué diciendo decorosamente algo así como: “Señor...perdón...es que sucede que me abruma la coincidencia de haberme leído este libro.... “El país de los ciegos” de H. G. Wells justamente hoy, y que ahora al final de la jornada me lo encuentre a usted...”. El ciego reaccionó con una sonrisa de unos treinta y cinco años y asintió con la cabeza. Me dijo que, en efecto, ese libro era excelente, uno de los mejores. Me recomendó incluso otros libros del mismo autor y siguió hablando, ahí, a mi lado, sobre otros ejemplos de la literatura con pretextos similares. Hablaba sobre Saraguro, sobre Sábato y Diderot, hablaba a favor y en contra. Hablaba en grises, sin altisonancias.

Sin duda me pareció particular que una persona ciega se dedicara a la lectura. Y claro, le pregunté que cómo leía; me dijo que hoy en día lo hacía a través del computador con un programa especializado, pero que antes cuando estudiaba, necesitaba de alguien que le leyera en voz alta o arreglárselas en Braille. Luego, no sé si le pregunté o me lo contó, pero la conversación develó que había estudiado literatura en la Javeriana. “Increíble”, le insistía yo desvergonzadamente. “Qué maravilla. Estoy sonriendo”, le decía. Y Gregorio sonreía también. Yo intentaba imaginarme cómo Gregorio se imaginaba una catedral, la cima de una montaña, un amanecer. Me preguntó mi nombre y adivinó mi estatura. Ya no me sorprendí, todo parecía posible.

Tenía que aprovechar el encuentro de alguna manera y le pregunté si era ciego de nacimiento o si se había quedado ciego: era ciego de nacimiento. Temblé, me cogí la cara y volví a sonreír intentando pensar en la catedral, en el amanecer o en la montaña de Gregorio.

Me pidió que le ayudara a cruzar la calle y yo le ayudé sin renegar. Afirmé sin embargo, que podría desconfiar de mí, porque yo nunca había hecho una cosa semejante: ayudarlo a un ciego a cruzar una calle. Él me apretó el brazo y cruzamos. Sobre la acera oriental sucedió la última parte de la conversación: me preguntó qué hacía yo. Le respondí y entonces volvió a asentir con ese dejo extraño, y con una sonrisa exclamó: “¡Los pintores! ¡Una maravilla!” Y yo: perpleja. Me dijo que si yo no hiciera lo que hacía, nada de eso hubiera pasado. Entonces me comentó alguna anécdota cuyo principio olvidé, pero que a la larga terminó por interesar-

me: había querido siempre que le hicieran un “lienzo”. Yo ofrecí ayudarle al respecto, y me pareció que le gustó saberlo.

Al final, concluí que sería una insensatez dejar escapar a semejante personaje y le pedí su número de teléfono, diciéndole que me encantaría poder conversar con él otra vez, hacerle preguntas. Me dio su número y entonces nos despedimos. Torpemente le dije: “Nos vemos”, pero vacilé inmediatamente y me corregí a mi misma “...eh, digo, nos hablamos”. Él, ya desde lejos me respondió: “Nos vemos, nos vemos...” como insistiendo.

Acabo de marcar su número.

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Alejandro Navarro



Hoy en día son diferentes, pero parecidos también. La gente llega a eso de las siete y son amigos, no familia, pero sigue siendo los sábados y en mi casa. Antes era en la casa de los abuelos, que era de todos. Ahora cocino yo, con más o menos ayuda de quien va llegando y la conversación es alrededor de vinos y tapas, no de cervezas y tortillas fritas. El menú es un poco más sofisticado, algún risotto, tal vez un salmón al horno, o a lo mejor muy típico de por acá, es decir un pavo el día de Thanksgiving, o de vez en cuando, como no, hamburguesas y papas fritas. Para mí, nada ha logrado igualar al sancocho y la precisión con la que se podían percibir todos los sabores: el plátano verde, la yuca, la carne, la cebolla larga, el arroz blanco, el ají. Pero tampoco es que digamos que pobrecitos, porque los platos salen bien y la compañía es buena. Los chinos están chiquitos y todos estamos completos y juntos. Algunos con más plata, otros con más hijos, otros estrenando parejas, pero en medio de todo compartiendo un equilibrio profesional y personal. Antes tenían que traer los aguacates para el sancocho y era importante escogerlos bien, que estuvieran blanditos y de buen sabor, porque había mucho de por medio, tantas cosas dependen de un aguacate maduro....Ahora son botellas de vino, tal vez un prosciutto o un queso, tal vez una torta porque no me gusta hornear, no como a los gringos, a los que se les puede decir, con tanta galleta casera que traen a la oficina y tanto postrecito que compran, “Adelante, reposteros!” En todo caso es un ritual compartido uno o dos sábados al mes con lo que por aquí se vuelve familia a fuerza de ayudarnos con mudanzas, de celebrar independencias con las que no nacimos, y de ver crecer a muchos

de estos renacuajos que vimos nacer, que si hablan español o no, que si ya han ido a Colombia, que si han probado el sancocho y que si les gustó o que si pidieron mac n' cheese y preguntaron 'When are we going back home?' Dicen que lo mismo no es igual y lo sé, porque estos ya son mis segundos sábados, después de los del sancocho de la abuela, que fueron los primeros, los de oír el pito del Volkswagen cuando el abuelo llegaba con empanadas y cerveza, los de abrir la puerta para que entraran los tíos con el aguacate, los de hacer fuerza para que llegaran los demás y nos pudiéramos sentar, los de hacer colas frente al caldo y al seco y a la bandeja con la costilla y luego dedicarnos minuciosamente a picar las cositas, a mezclarlas y condimentar la sopa con el ají y pedir que nos regalaran un poco de limón, "Usted me regala un poquito de limón?" Ahora no hay "usted", todos toman y todos ponen y juntos limpiamos la mesa, lavamos los platos, preparamos el café, y nos quedamos conversando de esto o lo otro. Algunos hacemos esfuerzos por ir a cine o a las exposiciones, mientras que otros sencillamente dicen que no les queda tiempo ni energía para hacer más que fundirse frente al televisor. Entonces nos contamos los unos a los otros sobre las películas que vimos, o los programas de televisión que no vimos, y luego comentamos algo, tal vez de la política de aquí, o la de allá, y cada vez se hace más distante la idea de volver. Algunos de los chiquitos ya corren por la casa y juegan con lo que encuentran. Unos ponen problema para comer y otros prueban de todo. Cuando aparecen entonces surgen las preguntas, que cómo va en el kinder, que cuándo entra a la escuela, que por aquí y por allá, así como los sábados en Cali comentábamos sobre Barco y sobre Gaviria y también sobre las historias de los Rodríguez y de Escobar, que en esa época seguramente también eran muy felices. Seguramente tenían salud y estaban completos, como la teníamos y como estábamos nosotros. Juan y yo todavía estábamos relativamente pipiolos, no pagábamos alquileres ni hipotecas de nuestro propio bolsillo, y los mayores todavía tenían buena salud, algo de canas y de barriga, sí, pero achaques no. De vez en cuando alguien contaba el mismo chiste, que a los veinte, "vieras el levante que me hice", que a los treinta "vieras el negocio que hice", y que a los cuarenta, "vieras el médico que me conseguí". En fin, todos juntos, no necesariamente por última vez como tal, pero sí por última vez completos, sanos y enteros. Poco a poco

llegarían muertes y enfermedades, cosas que por aquí todavía no aparecen y esperamos que se demoren sin necesariamente creer que no han de aparecer, sería ilusorio creer que no lo harán. Pero mientras tanto, los pelaos crecerán y seguiremos contándonos historias, cocinando y compartiendo, en fin, haciendo las veces de familia los unos para los otros, y en algún momento, cuando ya se larguen a las universidades esas donde no hacen más que beber y tirar, ya sabré que estaremos entrando nosotros a ese último rato, todos completos, sanos y enteros. Ya habremos vivido nuestros propios Sábados Felices, sin cuentachistes y sin el Flaco Agudelo vestido de marinerito, y a lo mejor, si han salido bien, si han salido agradecidos y de algún modo conectados con nosotros, los chinos berriondos estos recordarán estas noches de comida y vino como días felices y nosotros seremos los que nos iremos, los que nos quedaremos en su recuerdo. No sé, a lo mejor armen su propio parche y cocinen sus propias vainas, en sus propias casas y con sus parejas y sus amigos, por ahora estamos aquí y en medio de todo, porque ya lo he vivido, sé que somos felices.

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Manuel Kalmanovitz



Qué difícil hablar de días felices. Días enteros felices. Veinticuatro horas de felicidad. No, no, posiblemente no haya ni un solo humano que haya vivido un día feliz, así, de corrido, en un solo día. Puede que en un mes alguien sí haya acumulado 24 horas felices. Si son muy suertudos y tienen esa tendencia, esa facilidad para la felicidad que alguna gente puede tener en teoría. Aunque quién sabe si hay alguien así. Nadie que conozca.

Aunque tampoco podría uno decir que la felicidad no exista. No, por ahí se ven destellitos aislados. Un rayito por acá, otro por allá. Y a partir de los rayitos uno supone que, en alguna parte, hay un sol fulgurante, intenso e inagotable, lleno de felicidad. Que en alguna parte el mundo entero ríe desenfrenadamente.

Quiero hablar acá de algunos de esos momentos en los que se ven destellos así.

Son momentos muy particulares, estos; salen como escondidos entre otros momentos. Son sorpresivos y breves, como cuando se abre un libro del que cae una postal o una hoja de árbol seca y roja y delicada que flota lentamente hasta tocar el suelo con una exhalación. Y pacíficos también.

Son momentos que no deberían estar en donde están, que se encuentran, se saborean y se pierden en rápida sucesión. Que se escapan corriendo dejándolo a uno con los brazos extendidos, extrañados por lo sucedido, con un suspiro atragantado.

Cuando hay afán, esos momentos no llegan. Solo aparecen cuando uno llega temprano a cine o a una cita, o en los instantes antes de que los sitios abran, antes de que la persona esperada llegue. Llega en los momen-

tos desinteresados y sin función en los que uno termina siendo, sin querer ni tratar, parte del mobiliario del universo, como una planta o un andén.

Llegan y aterrizan sobre uno y lo hacen sentir una paz extraña, una felicidad templada y amniótica.

Parte de la rareza de estos momentos es que son totalmente impersonales: no tienen nada que ver con uno, con los intereses de uno, con su historia. Nada que ver con lo que piensa o lo que opina. Igual que no importa la opinión de un ladrillo o de un asiento. Y uno, en vez de sentirse insultado o menospreciado por esa sensación, se siente maravillosamente libre y asiente con el universo, con los ladrillos y los asientos, diciendo “sí, no importa, pero igual estoy acá, y eso sí que importa”.

Son delicados como pompas de jabón, también. A veces pasan sin que uno se dé cuenta. A veces uno se da cuenta en medio de uno y, por darse cuenta, desaparece, como avergonzado. Y queda uno también avergonzado de haber espantado algo así.

Un poema dice que “nadie estudia la felicidad”; y sí. Porque al estudiarse se evapora, ¿no? Porque uno necesita a la felicidad, pero la felicidad no lo necesita a uno y por eso ella puede abandonarlo a uno y dejarlo por siempre, para castigar un cierto desprecio, alguna impaciencia, alguna ceguera, o una ganosidad excesiva que notó en uno y que lo hizo indigno de volver a recibir sus visitas.

Aunque tampoco es algo caprichoso, esta felicidad. No es que vaya a rechazarlo a uno porque no le gustó el color de la camisa, porque desde lo alto se dio cuenta de que las medias no combinaban con los zapatos, o los zapatos con el cinturón. Es frágil y resistente a la vez. Como una cáscara de huevo.

Los que han visto esa felicidad saben que es delicada y preciosa. Que es un regalo del tiempo y del espacio, pero que no puede buscarse. Que llega si uno está pendiente y tiene buena suerte. Pero que también puede no llegar. Aunque si no llega, el hecho de saber que *puede* llegar es motivo de alegría, de celebración. Como alegrarse en medio del invierno por saber que al otro lado del mundo hay gente riéndose en la playa, chapoteando y haciendo castillos de arena.

Esta clase de felicidad es la que más claramente puede verse. Y la que menos dura. No puede haber días enteros así. Es la felicidad que trae, en

medio de una fiesta, ir a comprar gaseosa en la esquina. De esperar a una amiga en la sala de su casa rodeado de porcelanas miedosas. Es la felicidad de un segundo de silencio en medio de la algarabía, de la pausa entre dos olas en la playa, de la lluvia que para un segundo. Dura segundos; minutos, si acaso.

Y aunque es imposible que alguien tenga 24 horas de esa clase de felicidad, sí es posible imaginárselo. Imaginarse ese sol de felicidad durando por siempre, llenando de luz días, meses y años. Esos en serio que serían los días felices, sí señor.

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Carolina Loaiza



Son buenas gentes las que insisten en sacarme de mi casa, arrancarme de mi vida solitaria, decía un escritor en uno de sus cuentos. Sin embargo siempre he logrado disuadirlos, a veces con un sonriente *no* o con el silencio, continuaba diciendo. Por eso desde hace cuatro años llevo aquí...

Yo en cambio no he logrado disuadir las buenas gentes y falta poco para que ellas me disuadan a mí; permanecer mucho tiempo en mi habitación es lo que más disfruto, donde —si tengo la suficiente fuerza para sostener el *no*— hago todo lo que de verdad necesito.

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Adelaida Herrera



A Kato

La historia termina de esta manera: Jaguar no devoró al hombre.

Jaguar fue un espíritu de la selva. Ya no existe y tal vez no existió nunca. Se dice que antes de su condición sobrenatural vivió como un animal de carne y hueso. Un jaguar.

Las manchas de su piel pasaron raudas y sigilosas entre las ramas, sus bigotes vibraron en el aire húmedo de la selva, sus garras se afilaron diariamente en la corteza del árbol, la blancura de sus colmillos se tiñó una y otra vez con la sangre de su alimento, y el olor de su orín impregnó un territorio enorme durante ocho años. Fue un animal salvaje y fuerte. Experimentó el placer del agua refrescante del caño, del sol matinal sobre la roca y del encuentro con hembras que entraban a sus dominios. También sintió el temor al trueno, el dolor de una herida de lucha y la angustia por algún macho intruso. Aprendió a distinguir los olores, las formas y los sonidos que hacen de la selva un ser poderoso y plagado de misterios para los humanos.

Y como este relato está dirigido a los humanos –o ¿tal vez alguien más podría leerlo?– escribiré sobre uno de esos misterios.

LAS GENERALIZACIONES NECESARIAS

Un hombre, cuyo nombre podría ser cualquiera y que identificaré como H, vivía en la ciudad. Ni rico ni pobre, permanecía en el punto medio donde el almuerzo es un gusto ordinario que se sacia sagradamente cada día y el viaje a París es un gusto que se saciará siempre en el futuro. Tenía una profesión producto del paso por una universidad y la ejercía

sin ataques de pasión, pero tampoco abandonado al peso de la rutina. Podría ser ingeniero, biólogo, artista o sociólogo, da lo mismo para el caso del presente relato. Si asumo un punto de vista amplio que tenga en cuenta el sistema económico dominante, entonces H era un esclavo afortunado al compararlo con los millones de miserables que habitan el planeta. Si elijo el punto de vista de otro ciudadano similar a H, él era un hombre promedio.

LOS HECHOS

Un día cualquiera, H recogió de su buzón un sobre con una carta y un cheque. La carta decía: “Querido hermano menor: Yo era un iluso que compraba la lotería hasta que me la gané. Ahora me dedicaré a otras pequeñas ilusiones. Un abrazo y un regalo de tu hermano mayor”. El cheque contenía unos ceros provocativos.

Más tarde, metido en su cama, H pensaba en qué haría con el coletezo de la suerte que le había tocado a otro. Claro, el viaje a París brillaba como la mejor opción, pero algo en su interior pujaba hacia otro destino. La primera decisión llegó fácil y sin remordimientos. Dejaría de trabajar hasta que la necesidad lo obligara a hacerlo de nuevo. La segunda estaba inconclusa. Haría un viaje a un lugar lejano. ¿Cuál? H se quedó dormido. Cuando despertó tenía pegadas dos palabras en los labios: *Happy days*. Al principio no le dio importancia, pero horas después cuando su mente divagaba por los fértiles campos de la libertad que se abren infinitos una vez rotas las cadenas de la obligación, recordó un libro de la infancia titulado de esa manera. No era un libro, era un manuscrito suyo. Era un diario que su mamá le había regalado al cumplir ocho años y en cuya tapa había mandado a imprimir, con doble propósito, las palabras *Happy Days*. Mami quería que su hijo –inscrito en un colegio bilingüe como debía ser– practicara el inglés escrito. Y mami quería –porque las mamás piensan en todo y a largo plazo– que cuando H fuera adulto pudiera recuperar el tesoro que serían sus recuerdos de infancia intactos, escritos por su protagonista en la época en que sucedieron los hechos, ya que para ella algunos momentos de infancia habían sido los más felices de toda su vida, y estaba convencida, por su fe en la genética, de que a su hijo le pasaría lo mismo. Mami se equivocó en lo primero, pues H escribió hasta la última página en español. Pero había acertado en lo segundo.

Esa misma tarde cuando H llegó a la casa de su madre, ella lo estaba esperando con una sonrisa cómplice y el diario que había conservado por muchos años. Unos minutos después, la madre observó triunfal el grandioso espectáculo de su hijo absorto en la lectura y lleno de lágrimas de emoción disimuladas con torpeza.

Por supuesto, no todas las entradas del diario se ajustaban al título impreso. Había unas cuantas un tanto escabrosas, otras simplemente neutras y algunas indescifrables. Pero hubo una que le señaló a H cuál sería su próximo rumbo.

18 de abril. Mejor que Daniel no vino esta tarde porque le salieron rosiolas entonces jugé toda la tarde con mi perro Lobo y me alegré montones porque descubrí que es mas inteligente que Daniel. Me entiende todo y hace lo que le digo que haga sin ponerse brabo y ademas me quiere mucho porque vate la cola mucho y me mira y me lame la mano también cuando no tengo comida para darle a el. Jugamos a que nos encontrabamos unas capas y nos ivamos bolando a la selva para conocer a todos los animales salvages y a los tigres, y a los osos y todo eso. y que yo era un explorador y Lobo mi ayudante y rescatabamos a todos los animales que cogian los cazadores y matabamos a los cazadores.

A los pocos días, H y su diario tomaron un avión hacia una ciudad junto al río Amazonas. De allí partieron en un tour de dos semanas que prometía exóticos paisajes, navegación por el gran río y varias caminatas de inmersión a la espesura con avistamiento de fauna silvestre.

Fue durante uno de esos paseos terrestres cuando H se perdió en la manigua. Primero se perdió *Happy Days*, y luego él que se devolvió a buscarlo. Era temprano. Hacía media hora que el grupo caminaba cuando H se dio cuenta de que el diario se le había caído. Confiado en el sendero amplio y bien marcado, que ya había transitado, regresó sin avisarle a nadie. De pronto empezó una lluvia torrencial, el sendero desapareció y H sintió un vacío en su pecho que le permitió oír con claridad cada palpito de su corazón.

Caminó todo el día tratando de salir al río. Luego cayó en cuenta de que no había seguido la recomendación de permanecer inmóvil en el lugar donde se había perdido a la espera de que lo encontraran. Además, en su desesperación había dejado olvidado el morral en algún sitio al que ya

no pudo retornar. Sin comida, sin aparatos de comunicación, sin repelente para insectos, sin un dios al cual encomendarse, H se sintió cabalmente perdido. Llegó la oscuridad y con ella los ruidos de la selva mutaron, se multiplicaron y lo atacaron sin misericordia. Sería interminable describir en este relato los monstruos inmundos y terroríficos que H imaginó y creyó que se aproximaban a él a través de la espesa negrura que lo tenía inmovilizado. Así que no lo haré. Sólo cuando amaneció, H pudo cerrar los ojos y dormir unas horas.

H pasó un día similar al anterior. Agobiado por los insectos voraces, el sudor pegachento por la humedad, los animales que pasaban cerca pero que no alcanzaba a distinguir, el cansancio, el dolor en la garganta de tanto pedir auxilio, el miedo y el hambre. Cuando la luz empezó a irse otra vez, H creyó desfallecer, y en verdad se desmayó. Luego, al recuperar el conocimiento vio a pocos metros de distancia un jaguar enorme echado sobre un tronco, que lo miraba fijamente.

EL DIÁLOGO O CUASI MONÓLOGO

El jaguar literalmente resplandecía. Los ojos intimidaban, el pelo amarillo salpicado de café era de una nitidez anormal, la cola inquieta preguntaba, todo el cuerpo proyectaba placidez. Lo que estaba alrededor del felino permanecía en penumbra y los sonidos de la selva parecían lejanos y apenas perceptibles. H, aturdido, se sentó tieso apoyándose en un árbol. Pasó una eternidad entre las miradas cruzadas y ninguno soltó ni siquiera un atisbo de sonrisa. Pero H, vencido desde el principio, no aguantó más y sin saber por qué, le dijo: –Tengo hambre.

Lo increíble de la historia viene a continuación. El jaguar le respondió a H con una voz grave y melodiosa: –¿Por qué no te has alimentado?, el bosque está lleno de comida para quien necesite sobrevivir en él.

El tono irónico era evidente, pero H no se dio cuenta y se sintió en la obligación de explicar:

–Porque no sé cómo conseguirla. Las pepas estaban amargas y no las pude tragar, los insectos me repugnan, las hojas que consumí me hicieron vomitar y no fui capaz de matar al animal herido que hallé metido entre unas ramas.

Jaguar comentó: –Tal vez aún no tienes el hambre suficiente para matar.

–No creo. Vi los ojos del animal, él me miraba y tenía miedo, percibí su sufrimiento y sentí compasión.

El felino sentenció: –Te viste a ti mismo en el animal y sentiste temor hacia la muerte –el tono de su voz había cambiado–. Porque si hubieras sentido compasión hacia él, por lo menos hubieras contemplado la posibilidad de darle una muerte instantánea para acortar su sufrimiento, así no lo hubieses hecho.

H estaba confundido y receloso. Tuvo la impresión de ser el personaje de una historia inventada, manejado por la voluntad de un autor caprichoso. ¿De qué otra manera asimilar el hecho de tener una vida corriente y de repente recibir una carta, leer un diario olvidado y estar perdido en la selva hablando con un jaguar? Esas cosas, pensó, aunque en extremo improbables, podrían pasar en la realidad, pero no a una persona como él. En cambio, pululaban en los relatos de ficción.

El movimiento de la cola del jaguar parecía exigir una réplica de H. Así que éste retomó mentalmente las frases del felino y dijo:

–Seguramente tienes razón. Estoy hambriento y atemorizado. Pero debo decir que no me sentí con el derecho ni el poder para matar a ese pobre animal. Mejor que la naturaleza haga su trabajo.

–El humano aún no termina de sorprenderme –dijo el jaguar–. Su arrogancia e hipocresía son más grandes que la selva a la que hace décadas viene destrozando. Te contaré algo.

En este instante el jaguar ladeó con suavidad la cabeza y emitió un gruñido que dejó atónito a su interlocutor al hacer evidente la potencia de sus mandíbulas y el filo de sus dientes. Luego agregó:

–Soy un espíritu guardián de la selva. Esta tarde murió el animal que viste moribundo. Lo acompañé y le di tranquilidad hasta que entregó su último aliento a la atmósfera cálida del bosque. Alguna vez hice lo mismo con animales humanos que nacieron, vivieron y murieron aquí. Ahora asusto y devoro a los animales humanos solitarios que se internan en la selva. A éstos los domino con facilidad, pero cuando vienen en manadas y con sus máquinas de destrucción mi poder es inútil –Jaguar se mojó la nariz con la lengua y continuó–: Los humanos han abandonado el equilibrio natural hace mucho tiempo y en su haber está una guerra mundial por la superioridad sobre la naturaleza. La humanidad está engullendo

con sevicia la mano que le da lo primordial para vivir. Los animales humanos han dejado atrás el comportamiento natural que rige a los demás seres vivos y han adoptado maneras distintas a través de la cultura, una creación propia, admirable y abominable, caótica, bella y horrible, ingeniosa y torpe, pero sobre todo destructiva y cruel hacia los animales no humanos y su entorno –hizo un pausa que pareció suspender el tiempo... resopló y la vida volvió a manifestarse. Entonces dijo con sarcasmo–: Seguro que allá en la ciudad encuentras cada día carne preparada en tu plato. ¿Me equivoco?

El felino era imponente, su voz, fuera de este mundo, y sin embargo H estaba hambriento y le costaba seguir el hilo de lo que decía. Además empezaba a sentir dolor de cabeza. Lo que no necesitaba era un discurso, y menos uno de tipo moralista. Cuando aquel gato habló de carne, la boca se le hizo agua y no tuvo más remedio que responder con una voz empapada y altiva: –No te equivocas, como carne y me gusta mucho.

Sin inmutarse Jaguar dijo: –¿Sabías que la mayoría de esos animales cuyos trozos te comes a diario son en esencia idénticos al que no pudiste matar?, ¿y físicamente muy parecidos a ti? Ellos son capaces de sentir dolor. El dolor que causa la cortadura en la piel, la quemadura, el hueso roto, el golpe recibido, la infección, el daño de un órgano interno, el veneno ingerido, la presión en el cerebro. Porque tienen cerebro y nervios que se extienden por todo su cuerpo. ¿Eso no te suena familiar? También son capaces de sentir placer y de buscarlo tanto como a su bienestar. No hablan, pero como ya te has dado cuenta, puedes ver el miedo en sus ojos, o en otras partes de su cuerpo, y ¿por qué? Porque perciben situaciones de peligro y dolor que van contra sus intereses.

H recordó una página de su diario. Allí figuraba la pelea cuerpo a cuerpo ganada al niño malvado que se la tenía montada a media clase. Había sido un héroe y lo aclamaron como tal. La sonrisa de triunfo le quedó estampada por una semana entera, y ese mismo día no pudo siquiera disimularla cuando la profesora le descargó el consabido sermón sobre la violencia, pues tenía la seguridad de que sus compañeros lo admiraban y que si hubieran tenido la valentía suya, habrían hecho lo mismo. La situación de ahora tenía un aire similar. Claro, él no estaba en la posición del héroe vencedor del mal, sino, creía, en la del héroe sometido, magullado

y posiblemente mártir –si se cumplía el pronóstico del futuro inmediato que le anunciaba ser devorado por una fiera tremenda y rencorosa–, pero al fin y al cabo, héroe. Además, obviando las indudables diferencias entre una profesora y un jaguar, las palabras de éste último le sonaron como un regaño injusto y él, en su indescriptible debilidad famélica se creyó en el deber del hombre valiente y respaldado por toda la vasta tradición de su especie, de sacar a relucir una sonrisa triunfal y responder desafiante:

–Pero, tú más que nadie deberías saberlo. Es la ley de la naturaleza: el fuerte se come al débil. Así es la vida.

Jaguar, un guardián solemne pero poco paciente, estuvo a punto de caerle con todo el peso de la ley a su interlocutor de manera sangrienta y estrepitosa. Pero por algún motivo desconocido por la sabiduría humana –me atrevo aquí a lanzar la siguiente teoría (y el lector no debe sentirse presionado a tomarla como cierta, pues solamente es una posibilidad entre otras): Jaguar tenía curiosidad por ese hombre que llevaba con ingenuidad el disfraz del inofensivo, pero también había traído a la selva las memorias de su niñez, que eran la prueba de su pasada y genuina inocencia–, el felino tan sólo repitió un gesto humano. Suspiró profundamente mientras subía la mirada hacia el dosel, y después dijo:

–Las definiciones sobre lo que es la vida te brotan fáciles. Pero concluyo que no has comprendido mi punto de vista. El humano ha salido del engranaje propio de la naturaleza y ha confeccionado su propio mecanismo de subsistencia. Se ha adueñado del planeta y se ha impuesto a sí mismo como rey de manera violenta. Si esta última conducta la comparamos con lo que ocurre en la naturaleza, se podría decir que la manera en que ha actuado el ser humano es idéntica a la de cierto insecto: la avispa que deposita sus huevos dentro de una araña a la que paraliza temporalmente. Luego, cuando las larvas nacen, éstas se van comiendo poco a poco y desde dentro a la araña, causándole una muerte lenta. La naturaleza a los ojos del humano es cruel.

Un escalofrío de los mil demonios recorrió la espalda de H y la náusea se asomó por la boca de su estómago.

Jaguar siguió hablando: –Pero la diferencia está en que el hombre se ufana de la posesión exclusiva de la racionalidad y con ello justifica, de manera consciente por supuesto, todas sus acciones. Los humanos se

interesan por la comprensión de lo que han denominado causas y consecuencias y de este modo saben del dolor y la destrucción que provocan sus actos. Y a estos actos los designan “supervivencia”. La especie que se dice a sí misma racional y habla de ética, de lógica y de conocimiento, o que en muchos casos basa sus modelos de conducta en creencias inspiradas en la bondad de seres divinos, en definitiva se porta como un ente descerebrado.

H sentía perder no sólo el cerebro sino toda la cabeza con cada martilleo de la sangre bombeada a esa extremidad y obstruida por algún embotellamiento arterial.

El guardián de la selva era un animal intenso, no había duda. Y así continuó:

–Para sobrevivir, los seres humanos no necesitan torturar y matar a millones de animales. Confinándolos de por vida en cárceles malsanas, amputándoles partes de sus cuerpos, introduciéndoles sustancias que alteran su desarrollo físico natural, interrumpiendo la comunicación y los lazos que desarrollarían con los de su especie en estado de libertad, es decir, privándolos de sus comportamientos naturales. Todo esto para luego transportarlos como si fueran piedras hacia una larga fila que conduce a la muerte, donde el horror se transmite en el ambiente por los lamentos de angustia y padecimiento de los semejantes que van adelante.

H quería desaparecer. Además del dolor infame, ahora tenía que aguantar una de las cosas que más le fastidiaba: que le contaran una película de nazis detallando los pasajes más truculentos.

El felino, que no paraba de hablar, le lanzó esta frase directo al corazón: –No pretendas, hombre racional, justificar una costumbre cultural producto de la conveniencia de tu especie con un hecho implacable, y si quieres, irracional, de la naturaleza.

La frase rebotó sin daño alguno a causa de un fuerte movimiento de diástole al interior del tórax de H. Lo que le permitió contestar con la siguiente perla: –Tú pareces dar lecciones de comportamiento ético, pero me has hablado de atemorizar y devorar hombres, y me estás torturando en este momento, y además...–, con una voz afectada y disminuida terminó: –Yo nunca he maltratado a un animal.

Por primera vez Jaguar rió. Luego replicó:

–Yo no te estoy torturando. Las que te causan dolor son tu propia impericia en medio de la selva y la ausencia de comodidad.

Esta última palabra produjo en la cara de H una mueca de incredulidad que no dio espera a los siguientes dardos del felino:

–El impulso que mueve a los hombres como tú ya no es el de la lucha por la supervivencia, es el de la ilusión por la comodidad. No la comodidad equivalente al bienestar, sino aquella comodidad que permite ignorar a conciencia el sufrimiento de los demás, la que permite entregar la vida a un entorno siempre controlado por otros y también, la que permite cerrar a voluntad los ojos frente a cosas tan simples como enterarte de qué manera llega a la mesa lo que te comes cada día.

H tenía algo que decir pero prefirió quedarse callado.

El jaguar agregó: –Soy un guardián de la supervivencia de este bosque, no un hombre. Y aunque he usado las palabras del hombre y he hablado como uno, para comunicarme contigo, soy en esencia parte del ciclo natural y los humanos se han declarado mis enemigos.

Un tenso silencio puso fin al diálogo. H cerró los ojos apretándolos con fuerza. Así que no vio al felino levantarse, recoger delicadamente con sus fauces el diario que había estado todo el tiempo bajo una de sus patas, y alejarse lentamente para desaparecer en la negrura.

EPÍLOGO

De pronto todo el sistema sonoro de la selva nocturna golpeó una vez más los oídos de H, quien al abrir los ojos ya no pudo ver al jaguar y tampoco pudo ver nada más durante las siguientes nueve horas que duró su segunda noche de extravío en la manigua. Si H había creído que la noche anterior era la peor de su vida, se había equivocado, porque ésta ganó con una ventaja considerable. Llegó al extremo de lamentarse, en tres momentos críticos, de no haber sido devorado por el guardián de la selva.

Al día siguiente, H fue encontrado en estado de choque a unos veinte metros del sendero que bordeaba el río. Duró una semana agotado y enmudecido. Cuando se sintió mejor, regresó a la ciudad y con el dinero compró una casa linda en un barrio lindo. H no se atrevió a pensar por sí mismo sobre lo sucedido en la selva, así que pagó a un prestigioso psicólogo un tratamiento para curarse del trauma experimentado. Este profesional de la psiquis convenció a H de que esa historia del jaguar parlante no

había sido más que una creación de su mente, causada por una vivencia de cercanía a la muerte y por una personalidad sensible y con cierta debilidad hacia los animales.

H quedó curado. Volvió a trabajar y a disfrutar de la carne preparada en todas sus formas posibles. Lamentó la pérdida de su diario pero muy pronto olvidó el suceso. Nunca más sintió hambre y siguió siendo un esclavo privilegiado o un hombre promedio. Hubo un efecto secundario que acompañó a H por el resto de su vida y que él no mencionó a nadie, pero que divulgaré en este escrito. H no podía pronunciar o leer la palabra *comodidad*, sin que una repulsiva marea de jugos gástricos le subiera por el esófago y un mareo repentino lo dejara atontado por unos minutos. Un asunto menor si se tiene en cuenta que esto jamás le impidió practicar a plenitud los significados de aquella palabra.

En otro lugar del planeta, más exactamente en el Amazonas, un espíritu del bosque, llamado Jaguar, fue visto en tardes calurosas sentado en una roca leyendo un manuscrito titulado *Happy Days*. Parecía disfrutar con cada frase, pues se le notaba muy concentrado, y no era raro que brotara de su garganta una risa profunda y sincera que llenaba de regocijo y esperanza a todas las criaturas de la selva.

* * * * *



HAPPY DAYS

(FRAGMENTO)

Por Bernardo Ortiz



LUNES

12.nov.01/15:43
12.nov.01/15:44
12.nov.01/15:45
12.nov.01/15:46
12.nov.01/15:47
12.nov.01/15:48
12.nov.01/15:49
12.nov.01/15:50
12.nov.01/15:51
12.nov.01/15:52
12.nov.01/15:53
12.nov.01/15:54
12.nov.01/15:55
12.nov.01/15:56
12.nov.01/15:57
12.nov.01/15:58
12.nov.01/15:59
12.nov.01/16:00
12.nov.01/16:01
12.nov.01/16:02
12.nov.01/16:03
12.nov.01/16:04
12.nov.01/16:05
12.nov.01/16:06
12.nov.01/16:07
12.nov.01/16:08
12.nov.01/16:08
12.nov.01/16:09
12.nov.01/16:10
12.nov.01/16:11 (a)
12.nov.01/16:12
12.nov.01/16:13

12.nov.01/16:14
12.nov.01/16:15
12.nov.01/16:16
12.nov.01/16:17
12.nov.01/16:18
12.nov.01/16:19
12.nov.01/16:20
12.nov.01/16:21
12.nov.01/16:22
12.nov.01/16:23
12.nov.01/16:24
12.nov.01/16:25
12.nov.01/16:26
12.nov.01/16:27
12.nov.01/16:28
12.nov.01/16:29
12.nov.01/16:30
12.nov.01/16:31
12.nov.01/16:32
12.nov.01/16:33
12.nov.01/16:34
12.nov.01/16:35
12.nov.01/16:36
12.nov.01/16:37
12.nov.01/16:38

—
(a) Agua en la nariz

MARTES

13.nov.01/01:12
13.nov.01/01:13
13.nov.01/01:14
13.nov.01/01:15

13.nov.01/01:16
13.nov.01/01:17
13.nov.01/01:18
13.nov.01/01:19
13.nov.01/01:20
13.nov.01/01:21
13.nov.01/01:22
13.nov.01/01:23
13.nov.01/01:24
13.nov.01/01:25
13.nov.01/01:26
13.nov.01/01:27
13.nov.01/01:28
13.nov.01/01:29
13.nov.01/01:30
13.nov.01/01:31
13.nov.01/01:32
13.nov.01/01:33
13.nov.01/01:34
13.nov.01/01:35
13.nov.01/01:36
13.nov.01/01:37
13.nov.01/01:38
13.nov.01/01:39
13.nov.01/01:40
13.nov.01/01:41
13.nov.01/01:42
13.nov.01/01:43
13.nov.01/01:44
13.nov.01/01:45
13.nov.01/01:46
13.nov.01/01:47
13.nov.01/01:48

13.nov.01/01:49
13.nov.01/01:50

MIÉRCOLES

14.nov.01/20:15
14.nov.01/20:16
14.nov.01/20:17
14.nov.01/20:18
14.nov.01/20:19
14.nov.01/20:20
14.nov.01/20:21
14.nov.01/20:22
14.nov.01/20:23
14.nov.01/20:24
14.nov.01/20:25
14.nov.01/20:26
14.nov.01/20:27
14.nov.01/20:28
14.nov.01/20:29
14.nov.01/20:30
14.nov.01/20:31
14.nov.01/20:32
14.nov.01/20:33
14.nov.01/20:34
14.nov.01/20:35
14.nov.01/20:36
14.nov.01/20:37
14.nov.01/20:38
14.nov.01/20:39
14.nov.01/20:40
14.nov.01/20:41
14.nov.01/20:42
14.nov.01/20:43
14.nov.01/20:44
14.nov.01/20:45
14.nov.01/20:46
14.nov.01/20:47
14.nov.01/20:48 (b)
14.nov.01/20:49
14.nov.01/20:50
14.nov.01/20:51
14.nov.01/20:52
14.nov.01/20:53
14.nov.01/20:54
14.nov.01/20:55

—
(b) ¿Cognac?

JUEVES

15.nov.01/13:07
15.nov.01/13:08
15.nov.01/13:09

15.nov.01/13:10
15.nov.01/13:11
15.nov.01/13:12
15.nov.01/13:13
15.nov.01/13:14
15.nov.01/13:15
15.nov.01/13:16
15.nov.01/13:17
15.nov.01/13:18
15.nov.01/13:19
15.nov.01/13:20
15.nov.01/13:21
15.nov.01/13:22

VIERNES

16.nov.01/09:18
16.nov.01/09:19
16.nov.01/09:20
16.nov.01/09:21
16.nov.01/09:22
16.nov.01/09:23
16.nov.01/09:24
16.nov.01/09:25
16.nov.01/09:26
16.nov.01/09:27
16.nov.01/09:28 (c)
16.nov.01/09:29
16.nov.01/09:30
16.nov.01/09:31
16.nov.01/09:32
16.nov.01/09:33
16.nov.01/09:34
16.nov.01/09:35
16.nov.01/09:36
16.nov.01/09:37
16.nov.01/09:38
16.nov.01/09:39
16.nov.01/09:40
16.nov.01/09:41
16.nov.01/09:42
16.nov.01/09:43
16.nov.01/09:44

—
(c) Un huevo silencioso
(como en el poema de
Frank O'Hara)

[*Melancholy Breakfast*]
Melancholy breakfast
blue overhead blue
underneath

the silent egg thinks
and the toaster's electrical
ear waits
the stars are in
"that cloud is hid"

the elements of disbelief
are very strong in the
morning

SÁBADO

17.nov.01/11:01
17.nov.01/11:02
17.nov.01/11:03 (d)

—
(d) Luego el clima
cambió. *"Vous êtes mal.*
Stay in bed"

DOMINGO

18.nov.01/17:13
18.nov.01/17:14
18.nov.01/17:15
18.nov.01/17:16
18.nov.01/17:17
18.nov.01/17:18
18.nov.01/17:19
18.nov.01/17:20
18.nov.01/17:21
18.nov.01/17:22
18.nov.01/17:23
18.nov.01/17:24
18.nov.01/17:25
18.nov.01/17:26
18.nov.01/17:27
18.nov.01/17:28
18.nov.01/17:29
18.nov.01/17:30
18.nov.01/17:31
18.nov.01/17:32
18.nov.01/17:33
18.nov.01/17:34
18.nov.01/17:35
18.nov.01/17:36
18.nov.01/17:37
18.nov.01/17:38
18.nov.01/17:39
18.nov.01/17:40
18.nov.01/17:41
18.nov.01/17:42
18.nov.01/17:43
18.nov.01/17:44

HAPPY DAYS

Por Giovanni Vargas



Y entonces Lucy tenía una mirada profunda y dulce, cuando le asentaba la mano en su rostro, ella lo apoyaba con más fuerza, agarraba mi mano, la acariciaba y la observaba con sus ojos grises y transparentes.

Ella estaba recostada...

Lucy en las escaleras de la entrada...

Julia la conoció primero (amor a primera vista)

Soledad también conoce a Lucy, pasaron tres días juntas.

Lucy es muy arraigada a sus afectos.

Lucy come poco, le sienta muy bien el rosado.

...ahora Lucy en silencio respira lentamente y su mirada se vuelve retraída, lejana pero fija. Poco a poco se relaja y sus ojos se adormilan, cansada pero tranquila entra en un estado de ensueño, dejando sentir su liviandad corporal...

el brillo del sol enceguece...

Winnie entra arrastrando con sus pies sus tacones dorados. Su postura es la de una mujer encorvada y tiene la cara ajada y oscura, va vestida con un traje brillante y un collar de perro que le combina con sus zapatos de tacón.

¡Por Jesucristo! dice en voz alta.

Furiosa balbucea una serie de palabras que cada vez se hacen más inentendibles.

* * * * *

DÍAZ FELICES

Por Alain de Beaufort



Marco Aurelio escribió que una de las funciones más nobles de la razón es la de saber cuál es el momento más adecuado de dejar o de no dejar este mundo.

La familia Díaz vivía en una hermosa casa quinta en las afueras de Suba. El Sr. Díaz lavaba dinero para un mafioso con su fabrica de linternas de emergencia, la Sra. Díaz era una devota católica con un cáncer en remisión, su hijo mayor, Pastor, sufría de depresión y había intentado suicidarse varias veces, su hijo menor, Zacarías, tenía el síndrome de Hotchkins.

Estaban a la hora de almorzar en el comedor alrededor de una mesa rectangular con tapa de vidrio, nadie estaba comiendo. La empleada se metió a su cuarto a planchar.

“El cáncer se propagó a mi estómago y el doctor dice que tengo a lo mejor tres meses si me meto a un tratamiento intenso de radiación,” dijo la Sra Díaz.

“Buscaremos una segunda opinión. Iremos a la clínica en Berna sobre la que leíste en la Selecciones,” dijo el Sr. Díaz.

“Ya estamos hiper-hipotecados, mas allá de mi entendimiento. La verdad es que ya me cansé y solo quiero morir en paz, en mi hogar con los que amo.”

“Yo te entiendo,” dijo Pastor. “Ojalá alguien me entendiera a mí.”

El Sr. Díaz dejó caer su cara en sus manos y empezó a sollozar. En la distancia se escuchaba una máquina de cortar pasto.

“Tengo que confesarles algo,” dijo el Sr. Díaz. “Me van a matar, o mejor dicho nos van a matar en una semana si no consigo quinientos millones de pesos.”

“¿Que qué?” dijo la Sra Díaz.

“Lo que mi fabrica de linternas genera nunca ha sido suficiente para darnos la calidad de vida que nos damos. Ha sido una fachada para lavar el dinero de un mafioso apodado “El Bofe” del cartel de Tunja.”

“¡Qué boleta!” dijo Zacarías.

“Hasta cierto punto todo iba bien. La plata nos daba para vivir en esta casa y para ponerlos en el Colegio Inglés. Y dudo mucho de que alguien se percatara de nuestra operación; he llevado los libros impecablemente. Pero luego te enfermaste y estuviste en Atlanta con los mejores doctores. Saqué un poquito más de lo que me correspondía y luego otro tanto para mandar a Pastor a la clínica de reposo en Miami cuando intentó suicidarse por segunda vez.”

Pastor cortó un pedazo de su churrasco, lo arrastró por el naco de papa y se lo metió en la boca. La Sra. Díaz se cruzó.

“Ayer, el contador de El Bofe encontró todas las anomalías, El Bofe me llamó y con un tono amistoso me dijo que si no devolvía esa plata en una semana nos iba a matar a todos. A ustedes primero y yo de últimas. Tiene la esperanza de que yo consiga la plata antes de que los mate a todos.”

“No puedes pedir esa plata prestada?” dijo Zacarías. “Apenas tengo trece años. ¡Qué guevonada!”

Pastor catapultó una arveja en dirección a su hermano.

“Deje el drama hermanito. Igual va a quedar hecho un vegetal en un par de años.”

La Sra. Díaz en un impulso empezó a golpear a Pastor a puño cerrado. Él recibió los golpes con una sonrisa. Hacía mucho nadie lo veía sonreír. El Sr. Díaz abrazó a su esposa, pero ella lo empujó sobre un helecho y él se cayó de una manera poco decorosa.

“¡Suéltame, idiota!” dijo ella. “Tienes que entregarte a las autoridades. Diles todo lo que sabes sobre este tal Bofe. Seguramente están buscando algo con que arrestarlo y nos den algún tipo de protección.”

“El Bofe tiene gente en todas partes, es más poderoso que Escobar y Gacha combinados. También es más inteligente porque guarda un perfil tan bajo que ni siquiera yo sé quién es.”

“Pues pide un préstamo en el banco.”

“La verdad es que le he robado mucho más de quinientos millones de

pesos, pero todavía no se ha dado cuenta, pero se dará,” dijo el Sr. Díaz. “Lo siento, la cagué. Nadie me prestaría esa plata.”

Esa tarde la Sra. Díaz bajó a la iglesia de Suba y arrodillada le rezó a San Agustín para que la guiara en esta tormenta. Se acordó de San Agustín y de su madre Santa Mónica. Ella dijo que su último deseo era que su hijo se convirtiera al cristianismo. Cuando se cumplió este deseo le dio una fiebre y se murió. San Agustín sintió una profunda tristeza y luego una profunda culpa por sentir una tristeza tan egoísta sabiendo que su madre había muerto en paz y que su alma ahora estaba en manos de El Señor. En esos momentos la Sra. Díaz sintió culpa por no haberle inculcado mejor la fe católica a su familia.

El Sr. Díaz se metió bajo las cobijas de su cama vestido en su traje de paño y sin quitarse los zapatos. Trató de tomar una siesta, pero sus preocupaciones no lo dejaban. Encendió su televisor y empezó a cambiar canales compulsivamente. Se detuvo en un canal que mostraba un documental sobre la gastronomía tailandesa. Se le hizo agua la boca.

Zacarías se fue a caminar por el monte con Gurrupín, un gozque que había adoptado. Con un zarzal castigaba los matorrales en su camino. Desde una temprana edad había afrontado su condición con valentía y optimismo. Grandes adelantos se habían hecho en el desarrollo de curas para enfermedades como la que él había heredado, pero también entendía que era muy probable que el tiempo se agotara. Había tantas cosas que quería hacer, pero la principal era tener sexo. El sexo ocupaba más espacio en sus pensamientos que la muerte. Se reclinó contra el tronco de un eucalipto y empezó a masturbarse. Pensó en Lindsay Lohan arrodillada frente a él, en la empleada, Constanza, duchándose con agua fría y se vino sobre unas hojas secas. Gurrupín lamió el reguero.

Pastor se metió a su habitación. Se metió al itunes y organizó una lista de canciones para escuchar mientras escribía algunos versos. Puso canciones de Las Malas Amistades y Mugre, y tituló la lista: Suicide Mix 3.

Esa noche se volvieron a reunir alrededor de la mesa para cenar. La empleada había cocinado una sobrebarriga con papas chorreadas. Este era su plato estrella porque antes de hornear la sobrebarriga le añadía una capa de hojuelas de maíz que le daba otra dimensión a este platillo. A pesar de los bajos ánimos, la familia empezó a comer. La empleada se metió

a su cuarto a ver su telenovela.

“Tengo una idea,” dijo Pastor. “Suicidémonos en familia.”

“Yo no me opongo si todos me prometen confesarse y entregar su alma al Señor,” dijo la Sra. Díaz.”

“Yo no me quiero morir sin antes haber tenido sexo,” dijo Zacarías.

El Sr. Díaz se quedó masticando lentamente un bocado. Tomó un sorbo de jugo de tomate de árbol y declaró, “Pues yo le tengo mucho miedo a la muerte, al dolor.”

“La idea es chutearnos con heroína de alta calidad. No sentirías nada Pa,” dijo Pastor.

“Eres un cobarde,” dijo la Sra. Díaz entre sus dientes.

“Mi plan involucra pasar nuestros últimos días haciendo lo que se nos dé la gana. ¿Cuánta plata te queda, Pa?”

“Por ahí unos cuarenta millones, pero nos tocaría quedarnos acá. El Bofé debe tener a gente vigilándome para asegurarse de que no salgamos de la ciudad.”

“Creo que la parte mas difícil de saber que me estoy muriendo es el dolor de dejarlos atrás,” dijo la Sra. Díaz. “Tal vez de esta manera podamos estar juntos en el más allá.”

Pastor y Zacarías salieron a la ciudad en la Nissan Patrol. Se detuvieron en una Servibanca en Niza y sacaron cuatrocientos mil pesos con la tarjeta de su padre. Iban escuchando La Totazera a todo volumen. La Totazera era el programa radial más popular del momento y estaba emitiendo en vivo desde el concurso nacional de porristas.

Tomaron la avenida Pepe Sierra hasta el parqueadero de El Gran Garibaldi con la Novena. Apagaron la radio. Se acercó el cuidandero de los carros con un bolillo que hacía girar desde su mano.

“Quiubo sardino. Casi no lo reconozco en esa nave,” dijo el cuidandero.

“¿Tonces qué, Pecas?” dijo Pastor. “Necesito que me haga un cruce.”

“¿Cuánto necesita?”

“¿Usted me puede conseguir heroína?”

“¡No marica! Yo acá solo tengo vicio sano, perico y pepitas.”

“¿Sabe dónde puedo conseguir?”

Pastor le pasó un billete de cincuenta.

“Espéreme tantico,” dijo Pecas y salió corriendo hacia un grupo de

taxistas parqueados junto a un puesto de perros calientes.

“¿Cómo conoces a esta gente, Pastor?” le pregunto Zacarías.

“Esta gente es como uno, todos somos unas gonorreas. Los humanos somos todos el problema. Nos sentimos mejor que los demás, pero todos nos traicionamos, y justificamos grandes atrocidades en nombre del bien. Hace muchos años decidí que no quería hacer parte de esta hipocresía.”

“¿Pero cómo lo conociste?” insistió Zacarías.

“Le vendía Perico a Gina. Gina me pedía que la acompañara cada vez que venía acá a comprar. Ella era la encargada de comprar el perico para todas las del grupo de porristas. Ella sabía que yo haría lo que ella pidiera. Nunca me pidió que la ayudara.”

“Te culpas por su muerte.”

“No, pero me culpo por seguir con vida.”

Pecas volvió corriendo y sin preguntar entró al asiento trasero del jeep.

“¿Como cuánto va a querer?” preguntó Pecas.

“¿A cómo está?”

“A veinte mil la papeleta.”

“Necesito unas veinte papeletas, ¿en cuánto me las dejaría?”

“Yo no, mijo. Me tocaría preguntarle al parcerero, espérese tantico,” dijo Pecas y salió del carro corriendo hacia los taxis nuevamente.

“¿Tú alguna vez tiraste con Gina?” preguntó Zacarías.

“Sí, yo la desvirgué.”

“¿Y qué tal?”

“La primera vez fue en la casa, en mi cuarto y todos estaban ahí. Ella tenía miedo de que alguien entrara y nos cogiera en plena. Ni siquiera se dejó quitar la falda del uniforme. Solo hubo tres veces más. La cuarta vez fue en un motel cerca del aeropuerto. Es la que más recuerdo. Me lo mamó. Después de eso se volvió más auto-destructiva y no quería estar conmigo a menos de que le siguiera la corriente. Pero ya no quería tirar, solo quería meter y ensayar las barras.”

Pecas volvió a entrar al jeep.

“No, ese man no tiene tanto. Paila,” dijo Pecas. “Tiene como tres. ¿Se las traigo?”

“No, fresco.”

Mientras tanto en la casa el Sr. y la Sra. Díaz se duchaban juntos. El Sr. Díaz le refregaba la espalda a su esposa con un estropajo.

“Una parte de mí es miserable, pero otra siente que se ha quitado un peso de encima al confesarte lo que he hecho,” dijo el Sr. Díaz.

“¿Cómo te involucraste con este tal Bofe?” le pregunto la Sra. Díaz.

“Invertí todo en las linternas recargables pero ninguno de los almacenes grandes estaba comprándolas. Un día llegó un tipo con pinta de campesino a la fábrica en una camioneta destartalada. Dijo que se llamaba Tiberio y que necesitaba mil linternas para unas minas y que pagaría en efectivo. Pensé que mi suerte había cambiado, pero pasaron semanas sin que alguien más se interesara por ellas. Entonces volvió a aparecer Tiberio y me habló de negocios. Pensé que sería solo por un tiempo corto y me saldría, pero cada vez iba necesitando más y más.”

Salieron de la ducha y se pusieron sus batas de baño.

“¿Sabes qué me haría feliz?” preguntó la Sra. Díaz.

“Dímelo.”

“Que reces conmigo.”

Juntos se arrodillaron frente a un crucifijo de madera pegado a la pared de la habitación.

“Señor, que estás en los cielos y en todas partes, te rogamos que tengas piedad con nosotros, que a pesar de que estemos a punto de cometer el peor de los pecados, que nos recibas en tu reino, que hagas una pequeña excepción. No somos merecedores de tu misericordia, pero te adoramos y somos conscientes de nuestra mortalidad, todos tenemos un tiquete de vuelta, por favor déjanos cambiar nuestra fecha de partida. Santificado sea tu nombre. Amén.”

“Amén.”

Pastor llamó a un compañero del colegio que le dijo de un amigo que conocía a un inglés que era adicto a la heroína. El tipo vivía junto al Pomona de la 76, en una casa tipo art deco. Con la ilusión de no tener nada que perder, los dos hermanos decidieron seguir esta pista.

“Me parece chistoso lo complicado que es conseguir heroína. Uno pensaría que sería igual de fácil que conseguir perico,” dijo Zacarías.

“Sí, a veces pienso que los narcos tienen un código de honor,” dijo Pastor. “Algo así como no cagar donde uno come.”

“Pero, igual se consigue perico y todo lo demás.”

Pastor se pasó un semáforo en rojo. Las calles estaban vacías y en La Totazera anunciaban que las ganadoras de IX campeonato de porristas nacional eran por primera vez el Colegio Inglés. Pastor pensó en Gina, en su uniforme de porrista. Ella era la capitana y él su compañero en los trinetes, en los giros y el que la recibía cuando la lanzaban por los aires. Hacía un año la había encontrado en un charco de vómito y sangre, sin vida. Había tomado todos los calmantes de su mamá, todas las píldoras para dormir de su papá y se lo había pasado con una botella de Sello Negro, luego se había cortado las venas múltiples veces. No había soportado otra derrota.

Llegaron a la casa y vieron que había una luz prendida en el primer piso. Ambos se bajaron del jeep y subieron unos escalones hacia la puerta principal.

“¿Qué quieren?” Preguntó una voz carrasposa a través del citófono.

“Nuestra madre está agonizando con cáncer del estómago. Está sufriendo mucho y ella pide que la saquemos de su agonía. Un amigo dijo que usted tal vez sabría a dónde podemos conseguir heroína,” dijo Pastor.

Momentos después la puerta se abrió y un hombre de casi tres metros vestido en una bata de seda verde los miró de pies a cabeza. Su piel era casi del mismo color que la bata y su pelo era blanco y amarillo.

“Entren,” dijo.

Mr. Green era un veterano de la guerra de Las Malvinas en donde había perdido su inocencia y su sentido del gusto. Una granada de mortero explotó en su trinchera dejándolo inconsciente y por razones médicas, sin la capacidad de encontrarle sabor a la comida. Había llegado a Colombia con el propósito de suicidarse lentamente con heroína, pero veinte años después seguía con vida. Pasaba sus días leyendo novelas rusas y viendo telenovelas mejicanas trabado.

“Siéntense,” ordenó Mr. Green. “¿Qué quieren?”

“Ayúdenos a conseguir heroína, por favor,” dijo Pastor.

“Okay,” dijo Mr. Green. “Yo les regalo.”

El inglés abrió una caja fuerte escondida detrás de un retrato del ex presidente Belisario Betancur. Tenía un ladrillo de polvo amarillo raído hasta un tercio. Con una palita de oro raspó cuatro gramos que pesó en

una báscula digital de alta precisión. Metió el contenido dentro una bolsa plástica resellable pequeña.

“Aquí hay suficiente para darle a tu madre una suave transición al más allá,” dijo el inglés.

“Pero, necesitamos más,” dijo Pastor.

“Estoy empezando a dudar de sus intenciones,” dijo Mr. Green sacando una semiautomática de la misma caja fuerte.

“No, espere le explico,” y Pastor le explicó todas las circunstancias y el razonamiento de su misión.

“Pues yo pienso que la situación no es tan grave como suena,” dijo Mr. Green. “Yo les puedo prestar el dinero para que El Bofe los deje en paz.”

“Pero mi mamá y mi hermano siguen siendo terminales y yo no quiero vivir más,” dijo Pastor.

Zacarías, que estaba recostado contra la pared se dirigió a su hermano y le pegó una cachetada.

“¿Por qué me pegó, guevón?” preguntó Pastor.

“Por manipulador. Los científicos investigando usos de célula matriz están a punto de descubrir una cura para mi mal, mi madre merece morir en paz con su creador y mi padre hizo lo que hizo por nosotros y no merece morir por eso.”

“Lo siento, Zacarías,” dijo Pastor con lágrimas en los ojos. En un impulso abrazó a su hermano. “Lo quiero.”

“Yo también lo quiero.” dijo Zacarías.

El inglés conmovido por la muestra de afecto decidió tomar parte del abrazo.

Más tarde, después de volver a la casa con las buenas noticias, todos se fueron a sus cuartos a dormir, exhaustos por su coqueteo con la muerte. Todos menos Zacarías, que bajó las escaleras en las puntas de sus pies y suavemente tocó la puerta de Constanza, la empleada.

“¿Que pasó, niño Zacarías?” dijo Constanza. Estaba vestida con una camiseta que decía Santofimio al Senado 92 y un pantalón de sudadera rosado.

“Necesito hablar contigo,” él le dijo.

“Y eso por qué me tutea.” dijo ella. “¿Me quiere seducir?”

“Estoy enamorado,” dijo él.

“Mire, número uno, usted no está enamorado, usted lo que está es arrecho, número dos usted no tiene nada que perder, pero yo sí, porque yo ya no puedo volver a mi pueblo de donde fui desplazada cuando su señora madre me eche paticas arriba a la calle y número tres, aún si tuviera ganas, estoy con la regla.”

Zacarías la besó y ella le correspondió. Él cerró sus ojos y sintió que moriría feliz en ese instante. Ella puso su mano sobre su seno izquierdo, sobre su corazón y él volvió a sentir que moriría feliz en ese instante. Una vez recostado sobre su diminuto catre, con su ropa regada por el suelo, con su vida en su boca, sintió que se moría un poquito y fue feliz.

Y así la familia Díaz pasó de la tristeza a la felicidad. El inglés se volvió un amigo íntimo de la familia y gradualmente fue dejando su hábito de tantos años. El Bofe con su mano derecha, Tiberio, fueron arrestados y extraditados a los Estados Unidos. La Sra. Díaz se volvió macrobiótica y con la orientación del Profesor Kikuchi desafió los pronósticos de la medicina moderna. El Sr. Díaz empezó a dar clases en la facultad de ingeniería industrial en la Escuela de Ingeniería Colombiana. Pastor se encontró con Sara, la mejor amiga de Gina, en el Crepes & Waffles de la Zona T. Él se comió una sopa de cebolla y ella un crepe siciliano. Después fueron al Andino a ver qué estaban dando y terminaron viendo una comedia sobre un guardia de seguridad en un centro comercial. A las dos semanas se cuadraron en un concierto de las Malas Amistades en un apartamento cerca al Teatro Libre. Sara se volvió super mandona y Pastor se quejaba de esto, pero no se cambiaba por nadie. El siguiente año, antes de graduarse del Colegio Inglés, ganaron nuevamente el Concurso Nacional de Porristas. Constanza y Zacarías siguieron tirando en secreto por un par de meses. Se volvieron expertos en el arte de la discreción. Gracias a nuevos adelantos en la investigación de célula matriz había esperanzas de combatir el Síndrome de Hotchkins que aún no se había manifestado dentro de él.

“¿A qué sabe?” preguntó Mr. Green masticando.

Estaban todos reunidos alrededor de la mesa rectangular almorzando.

“Tiene un buen balance entre dulce y ácido. El sabor de la naranja amarga con la cebolla roja enaltecen la frescura del pescado.” Dijo el Sr. Díaz describiendo el ceviche de corvina que Zacarías había preparado

con Constanza.

“Yo no como pescado crudo,” dijo Sara. “Me da asco.”

“Técnicamente está curado por el ácido cítrico de la naranja,” dijo el Sr. Díaz.

“Me encantaría probarlo pero no puedo probar la naranja porque es demasiado Ying, ni el pescado porque es demasiado Yang,” dijo la Sra. Díaz.

“Está exquisito!” exclamó Pastor.

“Guácala, no te voy a besar en toda la tarde,” dijo Sara.

De repente Gurrupín empezó a ladrar desaforadamente. Momentos después alguien tocó el timbre de la verja. Zacarías se asomó por la ventana para ver quién era.

“Es el Padre Gregorio, mamá.”

“Ábrele, corazón,” dijo la Sra. Díaz. “Debe de estar preocupado porque no he vuelto a misa.”

Tocó encerrar a Gurrupín en el cuarto de Constanza porque no dejaba de ladrarle al cura. La única vez que lo habían visto tan feroz era en presencia de los empleados del acueducto vestidos de verde, nadie sabía porqué.

“Buenas tardes,” dijo el cura. “Qué pena interrumpirlos, pero estaba cerca en donde los Barragán bendiciendo un campo de minitejo que acaban de instalar y decidí pasarme a ver cómo andaban.”

El Padre Gregorio era de Tenerife, de un pueblo pequeño llamado Icod de los Vinos. Cuando tenía siete años presenció un milagro. Un señor terrateniente, Don Santiago se perdió caminando por los alrededores del cráter del Teide. Una semana después lo dieron por muerto siendo que esa zona es de las más áridas e inhóspitas sobre el planeta. Su hija Clara era amiga del pequeño Gregorio y éste la acompañó en esos momentos tan difíciles. Su madre era el ama de llaves y ambos se habían criado juntos. Clara no perdía la fe de que su padre estuviera con vida y le prometió a la Virgen María que si le devolvía a su padre con vida ella se volvería monja. Don Santiago fue encontrado insolado, desnutrido, deshidratado pero con vida la siguiente mañana.

“¿Padre, quiere un poco de ceviche de corvina?” preguntó Constanza.

“Sí, se ve exquisito. También me gustaría que rezáramos juntos. Ya

saben que la familia que reza unida, permanece unida.”

En ese momento Gurrupín logró abrir la puerta del cuarto de Constanza y de un solo tarascazo le arrancó una oreja al padre. Zacarías le pegó una patada en la panza al perro y éste escupió el pedazo. La Sra. Díaz cogió el pedazo y se lo pegó nuevamente a la oreja del padre. Era un milagro. El Sr. Díaz sacó una botella de escocés y sirvió unos tragos a los adultos para calmar los nervios. El Padre alzó su copa y dijo:

“Un brindis, ¡Por los Díaz felices!”

“To the happy Dayz!” dijo Mr. Green.

Y todos se rieron.

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Ana María Millán



Un país tiene una de las barras “más bravas” del mundo, la barra del equipo local el América de Cali; también tiene “la guerrilla más vieja del continente” y un “cartel de drogas”. El asunto es que a los habitantes del país les gusta decirse los más y los súper.

Se dice que los hinchas del América de Cali de Colombia apoyan al Boca Juniors argentino y los del Deportivo Cali, el otro equipo local, apoyan al River Plate.

Los muchachos de la barra brava fueron contratados por la municipalidad por 30.000 pesos diarios para alentar el equipo del departamento, en los Juegos Nacionales Deportivos que tuvieron lugar en la ciudad de Cali en el mes de noviembre del 2008. En anteriores años habían sido contratados toda la semana de los Juegos; para este año sólo los contrataron los últimos dos días y se dice que fue por esto que la ciudad perdió. En sus coros le cantan a la libertad que se dice roja, como es el color del equipo.

Un colectivo de Cali llamado El Camión fue invitado a una exposición titulada Urgente! 41 Salón Nacional de Artistas, que tuvo lugar en el mes de noviembre de 2008 en la ciudad de Cali, y a manera de barra brava con bombos, platillos y banderas se presentaron en el 7° Festival de Performance, - otro evento que se hacía al tiempo- cantándole al Salón Nacional y al Festival.

El América de Cali gana el 19 de diciembre de 1979 por primera vez un Campeonato Nacional (su primera estrella), que ahora se llama la Copa Mustang; y un director de cine llamado Carlos Mayolo hace

referencia al hecho en una película titulada Aquel 19, que es una historia de amor de barrio. Luego Eduardo Carvajal, su amigo y compañero de trabajo y quien ha hecho la fotofija de muchas películas colombianas, en coautoría con una artista local, que soy yo, reconstruyen a partir de los castings de esta película, algunas escenas de la misma. Esto para un trabajo de arte para la exhibición, que se inauguraba el 19 de noviembre de 2008 en la ciudad de Cali, un mes antes de que el América de Cali ganara su decimotercera estrella.

Se dice que sobre la ciudad de Cali pesa una maldición que no deja ganar al equipo América de Cali la Copa Libertadores. Hay otra maldición que dice que cuando el diablo entró a la ciudad, los pobladores lo trataron de sacar poniendo en una montaña 3 cruces. Lo que pasó fue que las tres cruces en la montaña nunca más dejaron salir al diablo de esa ciudad. Otro director de cine menos intelectual que el primero, llamado Jairo Pinilla -a quien un día Focine demandó-, hace un corto en el 2001 titulado Un libro de Ultratumba sobre esta leyenda.

Un artista llamado Giovanni Vargas presenta en la exhibición de noviembre en Cali, una instalación con cosas atadas unas con otras logrando la forma de una montaña – una montaña benévola que invita a entrar a la instalación y deja salir -; sobre el arrume de cosas hay un parlante que emite un audio, y desde el arrume se proyecta un video sobre una sábana en la pared, construido con textos y con imágenes de otros videos, que narra una historia de esa leyenda que pesa sobre la ciudad, de la que el artista, un día se fue.

Berlín, 2009

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Gabriel Mejía



Habíamos tomado aguardiente toda la noche. Como siempre yo preferí quedarme en la casa de J.D. que irme caminando a mi casa que quedaba a veinte cuadras rectas y otras veinte en semi-empinado; tenía un camarote, él dormía abajo y yo arriba. No había cortinas en ese cuarto, así que la luz entraba directamente por la ventana y me daba en la cara, casi siempre me despertaba sudando y con la boca hecha un desierto. Ese día pude sentir la sed mucho antes que el sol en la cara.

Las cobijas eran de lana, el piso de madera y yo no me podía quitar de encima la piquiña que produce dormir con toda la ropa puesta: jeans, camiseta, saco, medias, calzoncillos, cinturón, llaves y billetera. Me zafé de las cobijas que parecían dos Boas gigantes y que cayeron estruendosamente sobre el piso, respiré, me quejé en voz alta y cogí impulso para saltar del camarote; era una operación complicada, había que dejar caer medio cuerpo y sostenerse uno o dos segundos sobre los brazos, luego poner el pie izquierdo sobre la cama de abajo y de un brinquito llegar hasta el piso, el peligro de esta conjunción de movimientos, más que un riesgo físico verdadero, consistía en hacer el ridículo aparatosamente, y aunque sabía que nadie me miraba preferí actuar con la cautela de siempre.

El ritual de las mañanas-tardes en la casa de J.D. empezaba con un rosario de intentos fallidos por despertarlo. Ese día en especial la sed apremiaba y él era el que manejaba la caja menor, es decir, yo no tenía en el bolsillo más de cincuenta pesos y tenía unas ganas orgánicas de una Coca Cola fría que sólo él podía apaciguar, él era el proveedor. Despertar a J.D. a una especie de terapia con pequeños logros y grandes decepciones, por

momentos parecía tomar conciencia, decía algunas palabras inconexas y parpadeaba, luego, en una milésima de segundo, muchas veces precedido por un extraño ruido o una mueca infantil, volvía al sueño. Conozco a J.D. desde hace años y sé que lo único que tal vez lo despierta es la perseverancia.

J.D. despiértese marica, J.D. míreme, J.D. J.D. présteme para una Coca Cola, J.D. le subo una con hielo, se lo juro, J.D. NO SEA HIJUEPUTA.

J.D. no se despertó, así que decidí robar. Robar para tomar Coca Cola suena a cosa de cocacolos, pero en mi caso se trataba de una cuestión de vida o muerte. Busqué la billetera en el pantalón de J.D. y la encontré, pero estaba más vacía que la mía, busqué en el escritorio y por fin, en uno de los cajones había doblado un billete de cinco mil. Busqué el racimo de llaves de las dos puertas que me alejaban de mi Coca Cola helada y me puse mis botas de cuero café estilo obrero gringo; me quité el saco y bajé casi corriendo las escaleras de caracol.

Cuando salí a la calle todo era como ya me lo había imaginado mientras abría la puerta del garaje: incompreensión total por parte de la ciudadanía para con mi estado. Pitos, gritos, miradas de desaprobación de mi peinado, olor a pasto recién cortado, sol sabanero, perritos pequeños con sus dueñas gordas, sudaderas y bicicletas, llantas orinadas, conjuntos de vivienda multifamiliares color pastel, pollerías y floristerías; toda esta pesadilla condensada en una sola cuadra. Tenía los ojos rojos y en la comisura de los labios esa materia blanca que no he podido entender de dónde ni por qué sale, tenía también escalofríos.

Por fin llegué a la tienda con un cien por ciento en la escala de ansiedad. Al principio creí que toda esta visión era producto del pánico, pero luego lo miré por unos segundos reflejado a través de la vitrina de las papas fritas y comprendí que era él no cabía duda, y entonces como una alucinación, como un rayo, como una exhalación, como un suspiro se instauró en mí la apremiante necesidad de comprar la Coca Cola y salir rápidamente de allí.

Caminé hacia el mostrador con la mirada fija en el piso esperando no encontrarme con la de ese personaje pero lastimosamente fue precisamente lo que pasó. De golpe levanté la mirada algunos grados por una

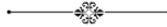
milésima de segundo y pude ver sus zapatos, la curiosidad me llevó a seguir subiendo y le vi la barriga, la camisa a cuadros, la camiseta blanca por debajo y por último, casi como una amenaza el bigote; debí haber parado ahí pero seguí subiendo y cuando llegue a los ojos me di cuenta que los tenía puestos sobre mi camiseta de “La Pestilencia” que tenía una cara retorcida roja sobre un fondo negro. La miró detenidamente y frunció el ceño, luego subió la mirada y me miró a los ojos.

El vaivén le empezó por el cuello, luego la cabeza y luego los hombros, parecía que bailaba pero en realidad estaba boxeando; cerró los puños y los subió a la altura de las mejillas y se rió desafiante, estúpidamente hice lo mismo, subí los brazos sin tanta gracia y apreté los puños, también me reí aunque mi risa más bien parecía una mueca, entonces sentí el puño, no lo ví, sólo lo sentí en el lugar donde un puño puede producir más dolor en un brazo, un puño perfectamente injerido, sin meditación, sin sentimientos de culpa. Entonces me reí de verdad y aunque el dolor era como cuchillos y parte de mi brazo estaba sin sensibilidad, salió de mi boca una sonrisa verdadera. Dejé de mirarlo y fui a la nevera, saqué la Coca Cola dos litros y pagué, salí de la tienda y atravesé de nuevo el infierno pero esta vez con algo que me llenaba y me volvía fuerte, abrí el portón y luego la puerta, subí las escaleras corriendo y le dije a J.D. que seguía dormido casi gritando: ¡Marica, el Happy Lora me acaba de pegar un gato!

* * * * *

HAPPY DAYS

by Katy Daus



Shortly after moving to the city in which I currently reside, I was hired to do research for an exhibition that would eventually be called “Younger than Jesus,” (and had I known that at the time, I most definitely would not have agreed to participate). My task was to come up with a list of no more than 20 artists born after 1976 and from the geographical region of my expertise. Now given that I was born in 1971 and it’s never been my thing to discover ‘new talents’ or ‘emerging artists’ (reflective of such a patronizing attitude and yet very common in the art world), I was faced with quite a challenge and so began a two-month investigation, which mostly took place over the internet. There were a few exceptions and the most memorable one was J: an obscenely young Chilean artist (born in the 80s!) recommended to me by A&Z, two very well respected curators who run a non-profit art space in Santiago. J happened to be living in the same city as me (where he was doing some sort of graduate work) and so a real life studio visit was planned.

The weekend prior to our appointment my roommate took me to some random exhibition/party in Lichtenberg filled with Latin American artists, questionable artworks, and bad tropical music. At some point during the evening I heard a Chilean accent and looked over to see a young boy in a baseball cap (cocked to the side of course) talking to my roommate’s Peruvian friends and although it crossed my mind that this could be J, I left before I could find out.

Monday came and I made the long journey up to Mitte with my new youthful haircut, on my cute bike ‘mifa’ and then climbed the five flights

of stairs to find that same young boy I'd seen at the party (although I wouldn't figure this out until much later). As is customary in my dealings with male artists, J was extremely flirtatious and a little too friendly but I wrote it off to a mixture of naïve enthusiasm and my formidable curatorial reputation in Chile (a country in which I have many loyal fans for reasons that elude me). He was cute and nice and seemed to be single: in other words, he *had* to be gay. The studio visit went well and I was satisfied that this kid had talent. As I stood on his terrace looking north to Prenzlauer Berg (where my next appointment was), he asked me what my plans were for the afternoon with a hopeful tone in his voice that forced me to momentarily question my assumptions about his sexual orientation. However, although tempted to stay and hang out with what seemed like a potential new friend (we'd had a bit of a bonding session over our similar musical taste and mutual love for Oval and Microstoria), I had to keep my prior commitment to M, my pregnant friend who had accompanied me to the hospital several weeks earlier after an unfortunate bicycle accident, and whose jacket I had borrowed and needed to return.

I think it was with an invitation to an opening of a strange (but good) Japanese artist that J initiated our friendship. And so we started hanging out quite a bit: it was summer and along with my Colombian friends A and A, we spent our days riding bikes, eating pizza and ice-cream and drinking beer in the park (that is, when I wasn't in front of my computer searching for other young artists or listening to my roommate go on and on about all of his personal, self-inflicted psychological dramas, one of which concerned his confusion about his sexual orientation, although his poor hygiene suggested to me he was *most definitely* straight). I felt like I was 12 and had a new best friend who was born when I was 12. Life was good.

J's sexual orientation remained a mystery to me until one night, with plans to go check out some trendy bar I'd heard about in Mitte, we ended up at his place where a bizarre house party ensued. As I sat wedged in between two of his very hot (and also very young) Chilean friends (one clearly straight while the other also ambiguous), mesmerized by three young skinny French girls self-consciously dancing in the corner, I wondered if it was time to reevaluate my target age group. Sometime around

4am after the girls had taken their leave (but not without one of them, clearly infatuated with J, trying to convince the boys to come with them to Bar 25: one of those horrible outdoor beach bars that are all the rage among slackers and tourists) I found myself alone on the couch with J who suddenly and out of nowhere pounced on me with an awkward kiss followed by some sort of embarrassed comment about how he hadn't known whether to do that or not. I told him it was fine and while I was flattered, I felt a little weird and was far too tired to engage in any real sexual activity and so we retired to bed and slept soundly and innocently together.

* * * * *

HAPPY DAYS (BESTIARIO)

Por Alejandro Martín



Darío cierra la puerta. Ana riega las matas. Juana arropa su gato. María se despeluca. Pedro se tira un pedo. Juanita se ríe. Catalina se despide. Lucas se chifla. Adriana mira para otro lado. Verónica se arropa. Matías saluda. Laura se peina. Andrés se revienta. Clarita se avispa. Andrea se masturba. Pablo se fuma un porro. Alberto duerme despierto. Paula se hace la loca. Luisa se saca los mocos. Ricardo se sale de misa. Margarita se pinta el pelo. Chino echa globos. Carolina cuenta ovejas. Rodrigo canta ranche-
ras. Alejo camina descalzo. Cristina se duerme en la tina. Santiago tumba la escalera. Olga se para de manos. Elvira estira la masa. Jesús arropa los niños. Gina se corta las uñas. María del Rosario prende la luz.

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Galia Ospina Villalba



- ¿De qué color es el cielo? – le pregunta Vermeer a la joven.

- Gris...blanco...amarillo.

- Ver no es tan sólo distinguir la primera capa del color. Detrás del rojo se oculta el azul, y al desnudo, la flor del durazno. Sabes que antes de contemplar es necesario callar, y en el silencio, redescubrir las líneas de fuerza de la vida.

- ¿De qué color es mi tristeza?

- Mancha escarlata en la nieve. Piedra azul en la hierba de un verano tardío. Uva mezclada con el índigo de la seda más fina. Lágrimas abrazadas a tus labios semiabiertos. Granada y fresa salvaje. Lapislázuli revoloteando en la transparencia. Blanco sobre blanco. Silencio.

La pintura es hija de la batalla, del cruce infinito de dos miradas. El acero se moldea con la llama. El pincel le hace el amor a la tinta.

La joven se desgrana, libera en un instante todo su perfume. La pintura es templo de su belleza. Un lugar que permite el regreso.

- ¿Qué nos sostiene?

- El hilo invisible de una estrella en el abismo – responde Vermeer con un gesto concentrado.

- ¿Qué nos hace sonreír en el invierno de la desesperación?

- El pájaro rojo que se asomó en la plaza. La milagrosa vida que aletea el viento de su temporalidad desierta.

- ¿Qué es la belleza?

- Una paloma suelta en la feria de las vanidades humanas. Dos perlas sobre un pañuelo rojo. La hondura de tu tristeza. Los diez mil colores de tu melancolía.

Tu mano roza la mía, y todas las flores del verano se despiertan. Me sonrojo. Me aparto. Esta distancia es sagrada. Si la trasgredes se desvanecerá el encanto; esta magia creando malabares en el aire, que nos une sin consumirnos en un sólo fuego.

Tu pincel me penetró en el lugar más íntimo y secreto.

Salí del estudio. Mi piel ardía. Tenía fiebre. Busqué a mi amante. Me abrazó con dulce violencia. Quería que besara la flor que tu ya habías abierto. Necesitaba que bebiera del manantial. Tanta belleza tenía que ser compartida.

Dejé manchas escarlatas en la nieve, y ambos supimos que la primavera las haría germinar.

* * * * *

HAPPY DAYS:

Por Humberto Junca Casas



Trabajaba de noche y dormía todo el día.

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Sandra Rengifo



ADVERTENCIA

“SI ESTÁ LEYÉNDOLA, ENTONCES ESTA ADVERTENCIA ES PARA USTED. TRANSCURRE UN SEGUNDO DE SU VIDA POR CADA PALABRA QUE LEA DE ESTA INSERVIBLE CLÁUSULA. ¿NO TIENE OTRAS COSAS EN QUÉ OCUPARSE? ¿O LE IMPRESIONA TANTO LA AUTORIDAD QUE RESPETA Y LE CREE TODO AL QUE LE DICE TENERLA? ¿LEE TODO LO QUE SUPUESTAMENTE DEBE LEER? ¿PIENSA TODO LO QUE SUPUESTAMENTE DEBE PENSAR? ¿COMPRA LO QUE LE DICEN QUE DEBE QUERER? SALGA DE SU DEPARTAMENTO. CONOZCA A ALGUIEN DEL SEXO OPUESTO. DEJE A UN LADO LAS COMPRAS EXCESIVAS Y LA MASTURBACIÓN. RENUNCIE A SU EMPLEO. BÚSQUELE PELEA A ALGUIEN. PRUEBE QUE ESTÁ VIVO. SI NO PROCLAMA SU HUMANIDAD SE CONVERTIRÁ EN UNA ESTADÍSTICA. YA ESTÁ ADVERTIDO..... TYLER.”

Y estoy aquí, pretendiendo ser un personaje de *Fight Club*, mirando el horizonte que acompaña todos mis agobiantes días de trabajo, en la muy trillada crisis de los treinta, que cada vez se hace más evidente y cansona cuando prefiero quedarme en mi casa durmiendo un viernes, o mejor aún, repitiendo mi rutina de media noche de la última temporada: ver porno distorsionado a través de una señal de cable que cuando la sintonizo, me recuerda que no me alcanza lo que gano para pagar por verla nítida.

—*Está bien, no importa, todo está bien.*

A veces suelo creer que pasajes de mi vida se repiten y finalmente descubro que lo que hago todo el tiempo es apropiarme de los de una película para creerme todas mis mentiras hasta el cansancio, tanto que no diferencio entre la fantasía y lo real.

Como un disco rayado y escucha monotemática, las tonadas de *Pixies* se apoderan de mí llevándome a preguntar mientras digito cartas institucionales, cuándo será que todos esos edificios colapsarán frente a mis ojos como prenda de amor que mi tostado príncipe azul preparó para mí.

Entre tanto veo en la pantalla del computador de la oficina, la conexión de internet del plan para pequeñas empresas de no sé cuántas ks, caer una y otra vez, casi como queriendo decirme que pronto vendrá la catástrofe y por fin la escena más romántica y la más esperada: éxtasis del melodrama de mi vida, guión perfectamente construido con momentos jocosos, acontecimientos inesperados con personajes malévolos y brujas antagonistas que me persiguen develando su sicopatía. Todo culmina con un arrogante despropósito de miles de demoliciones, cogidas de mano y una verga caleta entre todo el montaje de la última secuencia y obvio, una pieza sonora insigne para una generación completa.

Como suelo decirme en mis ensordecedores monólogos: todo es culpa del *grunge*.

Entonces insisto en volver mi vida una película medianamente interesante y con una gran banda sonora, esperanzada en la promesa de que algo sucederá para no condenarme a ser un simple dato estadístico, un pinche número de una tarjeta de crédito y viviendo a punta de hipotecas para poder tener miles de cosas que finalmente no sabré ni usar: celulares de última tecnología, maquillaje que pica y a la vez reemplaza a mi mediana edad el botox, que en teoría deberé aplicarme dentro de poco tiempo, a la espera de verme como novia de traqueto —una apariencia más deformada y monstruosa que con la que nací—, o por lo menos pretendiendo evitar no parecerme a la muy arrugada cara de mi abuela.

—*Da igual.*

Prefiero no intentarlo y acostarme todas las noches con el pegote de maquillaje depreciado que compro por revista, porque no me queda ni siquiera tiempo para ir a una tienda. Entonces, retorno a mi incisiva visita con el porno barato de mi señal de cable sin intentar masturbarme... parece ser que eso también se vuelve aburrido a los treinta. El buen sexo escasea y la buena compañía con algún interés de compromiso, aún más.

Como es sana costumbre, tal como dice el dicho “dime de qué hablas y te diré de qué careces”, con mis amigos no hacemos nada más que

hablar de eso, del buen y el mal sexo perdido, de la buena conversación escasa y de los días de descanso acompañados por alguien divertido que no promete nada, pero que resulta un excelente pretexto para no pedir un domicilio sola en el apartamento prestado de cualquier amigo que frecuentemente sale de viaje.

En este punto parece ser que mi aberrante práctica pornotelevisiva cobra sentido: conversión o casi epifanía de mis últimos encuentros sexuales con mis autistas y egoístas ex novios, porque hasta intentar algo con alguien nuevo se vuelve tedioso. Es entonces cuando conocer a alguien es como aplicarse las posibles ampolletas de botox o aprender a usar un nuevo celular. A veces prefiero seguir con la señal barata y vieja, con el maquillaje regado por toda la cara, que ver nítida una nueva versión de la misma mierda.

Es mejor entonces optar por emisiones retorcidas que se positivan y negativan al tiempo, velocidad pura y a la vez, imagen fija que parece solo poder hablar de su vacío. Si el porno es repetición, mi porno barato es aleatorio pero tautológico, es lo mismo pero distinto: la mitad hay que imaginársela aunque la porquería de siempre se muestre de otra manera.

Digo: volverse a follar a un ex, es como un intento fantasioso de encontrarse con la promesa de algo nuevo así siga siendo la misma cosa en diferido, periodos entrecortados y distanciados. En síntesis cuando uno ya se conoce con el otro, siempre se esmerará por mostrarse cada vez como algo nuevo: así es mi porno barato, lo importante es entender que como buena tanda de porquería televisiva, verse con el ex se programa solo para ver distorsionada una realidad que ya se conoce al dedillo y que no puede hablar nada más que de su propio desgaste. Debo admitir que como dice Marilyn Manson, “las moscas siempre ponen huevos” y evidentemente estoy construyendo un aparente imperio de porquería.

En simultánea sin importar los empalmes absurdos y los saltos temporales de este peliculón, la secuencia de Fincher reemplaza ese gris panorámico bogotano y aparece frente a mí, un cielo azul metalizado, que se armoniza como una sinfonía industrial de serpenteantes fuegos artificiales que se debaten entre los dorados y los blancos. Revuelto con polvo y mobiliario los muebles de muchas oficinas como la mía, se expanden a

alturas impensadas, casi como si la gravedad no existiera por una milésima de segundo.

Con la misma velocidad, entre aturrida y conmovida a la vez por tan desbordante visual, espero que todos los hombres que han hecho las veces de Tyler Durden en mi vida, con moretones y sangre en el cuello después de infringirse un disparo para sentirse con un poco de humanidad —cuando se percatan de lo imbéciles que fueron consigo mismos y conmigo—, en un tono de voz entrecortada y áspera me digan:

-Trust me. Everything's gonna be fine. You met me at a very strange time in my life.

Ahora la vibración de la onda explosiva y el eco detonante de una frase que puede justificar mis repetitivos fracasos y hacerme creer que por fin todo va a cambiar, me hace recordar que a la edad de 10 años, al asomarme por la ventana después de ese gran ruido blanco que penetra el cuerpo por capas justo después de una bomba, veía volar mesas a más de cuarenta metros de altura y el polvo de las edificaciones ya inexistentes parecían nubes estáticas que el viento no podía cambiar ni transportar en alguna dirección rápidamente.

Años después esas mismas nubes iban a cubrir ya no la vilipendiada Colombia, sino el cielo de los mismos culpables de toda esta tontería. Palahniuk pareciese que se lo esperaba desde hace ya un tiempo.

Sin embargo, todo sigue siendo en la oficina del centro con algún timbre de teléfono que irrumpe mi estrategia de evasión. Sin querer me he convertido en Marla, fumando cigarrillos como loca y colándome en extrañas reuniones con embajadores y empresarios que sólo me hacen sentir que estoy metida en un guión retorcido de un reconocido realizador *White trash*. Todos estos desabridos personajes se convierten en tesoros apetecidos por mi mirada perversa intentando encontrar cualquier instinto de vida, patrimonio de *auto cutter*, como una cuchilla que repasa mi piel para sentirme viva en medio de tanta podredumbre humana.

Esas reuniones suelen parecer grupos de rehabilitación que repasan su miseria sin percatarse que pasarán por aquí quedando como un simple dato estadístico de lo que hicieron o no por la cultura, por el deporte o qué sé yo. Al final para despedirse y sin ninguna diferencia entre los reha-

bilitados, se abrazan, se dan la mano, se besan y hasta lloran sin percatarse los unos a los otros en su infinita hipocresía.

—*Siempre es lo mismo.*

Las madrugadas se han convertido en uno de los pasajes más sórdidos de mi nueva temporada, no siendo suficiente con asumir miles de rutinas para poder sobrevivir, sentirme como un personaje oscuro de película y para rematar aficionada al porno, me despierto muerta del pánico y recordando — sin dejar la pachucada hollywoodense —, las pesadillas recurrentes que se escenifican en un encuentro de miles de personas con la presencia de relevantes figuras internacionales en donde termino olvidando lo que tengo que hacer y me doy cuenta cuando ya la situación no tiene solución, llegando tarde a todas partes o para inyectarle un poco de dramatismo al asunto, gritando frente a un auditorio con más de mil personas una babosada del tamaño de un avión.

Entre tanto ir y venir, con el maquillaje regado por todo el rostro, el pelo desairado, las cobijas desordenadas y deslizándose las unas con las otras intentándolas organizar de una manera coherente, recuerdo que la campaña del maquillaje genérico que suelo encargar por revista se va mañana y que debo comprar una crema desmaquilladora, una antiojeras y dejar de fumar.

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Eme



happy days are over
it's time to got to work

happy days fell a sleep
on the postcard
on my desk

Dodo bird died by the sea yesterday
Big Foot wept alone under his tree

Mr. Abominable still weeps
as Mrs. Yeti gently knits

today buildings grow on trees
and
streets run over creeks

do you remember
Brother Wolf
howled
your name
a long night ago?

mother is senile
no one calls my name
anymore

today the sun shines through my window

and my heart

gets sad as it contemplates the city

why are you leaving?

* * * * *

HAPPY DAYS

Por Víctor Albarracín



Tendría unos cinco o seis años, y pocas cosas podían hacerme tan feliz como esperar el final del telenoticiero del medio día. No porque odiara los desesperados intentos pedagógicos de Arturo Abella, siempre referidos a la guerra de las Termópilas o a la biblioteca de Alejandría, cuando no al uso correcto del hipérbaton o a la delimitación del queísmo y el dequeísmo. No. De hecho, esos eran mis fragmentos favoritos del noticiero: tediosos, incomprensibles, misteriosos y cargados de leyes, historias y vidas demasiado lejanas a la mía como para creerlas ciertas. Tanto así que, ya de adulto, he llegado a soñar con este hombre de gafas gruesas y puntilloso acento cachaco, sumergido en una apabullante biblioteca desde la que me insta a decir las cosas de tal forma y no de tal otra. Sin embargo, algo muy distinto me llenaba de emoción al final del informativo: a esa hora comenzaba Happy Days.

Eran de verdad momentos llenos de risas, en los que nada podía estar mal. Recuerdo las vacaciones de diciembre y de mitad de año, en Neiva, echado en el piso del solar o balanceándome en la mecedora de cable verde y rosado, siempre junto al ventilador. No se me olvida el tumulto familiar que traía como consecuencia lógica la falta de puestos en el comedor que daba pie a que los niños comiéramos en el piso, dándole bocados al perro (Coco Roto, se llamaba), haciendo reguero y viendo como las hormigas llegaban presurosas a ver qué podían robarse. No había más que caos, pero ese caos tenía la forma de la felicidad.

Entonces comenzaba Happy Days.

Y todos nos sentábamos en torno al televisor Sony de 14 pulgadas, aunque a color (gracias a un primo medio traqueto que lo había traído de Miami), para escuchar *Rock around the clock* acompañando los créditos

de apertura del programa que, por más tv a color, era en blanco y negro, como casi todos los programas que se emitían en esa época.

Recuerdo el calor.

Los mosquitos.

El estar echado en el suelo de baldosa, en pantaloneta y sin camisa.

La sombra del palo de mango del patio proyectándose sobre el patrón amarillo blanco rojo y verde del piso.

La aguadepanela con limón y mucho hielo picado.

Las voces que hacía durante los comerciales frente al ventilador porque sonaban robóticas.

Pero no recuerdo nada de Happy Days. O más bien, es poco lo que recuerdo: un tipo en moto, con chaqueta de cuero y camiseta blanca al que todos llamaban Fonzi, una cafetería, Arnold's, en la que la moto de Fonzi siempre estaba parqueada, un tipo que se llamaba Chachi (y que era primo de Fonzi), y ya. Recuerdo las risas pregrabadas, las risas de mi familia y mi propia risa sonando una y otra vez a lo largo del programa.

Pero no tengo la más remota idea de qué se trataba Happy Days, salvo que era una comedia, que transcurría en la década de los 50, y que me hacía perfectamente feliz.

Hace algunos meses, una distinguida profesora francesa con la que dicté un curso de cine dijo en una de las clases que Marcel Proust había escrito su voluminosa búsqueda del tiempo perdido con el único fin de obligarse a desenterrar esos dos o tres momentos de la vida en los que había sido absolutamente feliz. Así que todas esas páginas, difíciles, llenas de frases interminables, de giros y saltos, de señoras tomando el té, sólo tenían sentido cuando Proust lograba cavar hasta encontrar el resplandor de ese momento en el que, de niño, al volver empapado a su casa tras una caminata bajo la lluvia, su mamá lo recibía, junto a la chimenea, con chocolate caliente y madeleines recién hechas.

A cada año que pasa, la posibilidad de estrellarse con uno de esos momentos de felicidad inmaculada se va haciendo más difícil, y más difícil se va volviendo el recuerdo de los happy days. Se vive en la conformidad o en la culpa, en la responsabilidad o en la complacencia, pero la felicidad absoluta, esa que deshace el mundo y lo obliga a brillar es, sin duda, una flor muy rara en este jardín de piedras.

* * * * *

DÍAS FELICES

Por Lucas Ospina



“[...] Esos eran los días felices. Todo en la galería estaba vivo [...] las exposiciones, todas excepcionales, iban una tras otra, no se sabía cuál era mejor, no importaba, la escena era lo importante, un sólido grupo de artistas mostraba cada uno su trabajo, confiados en su singularidad. No vendían nada, no sé como el galerista lograba tener el sitio abierto, pero eso era lo saludable, el medio era tan precario que los que seguíamos haciendo cosas era porque queríamos, por necesidad, ese era el mejor filtro, muchos desistían, se les acabaron las ideas o peor, coronaron una idea, y la fuerza de ese éxito los apabulló [...] en esos años pasó lo mejor, luego vino lo que todos sabemos y que usted me preguntó, lo que está investigando para su tesis, toda esa cosa de la historia [...] ustedes cuentan el cuento cuando ya es demasiado tarde, ¿le gusta la necrofilia?, sufre de mal de archivo, pero yo le digo, jovencito, el arte ya pasó [...]”

* * * * *

HAPPY DAYS II <i>Por Juana Anzellini</i> 5	HAPPY DAYS <i>Por Gabriel Mejía</i> 47
HAPPY DAYS <i>Por Alejandro Navarro</i> 9	HAPPY DAYS <i>by Katy Daus</i> 51
HAPPY DAYS <i>Por Manuel Kalmanovitz</i> 13	HAPPY DAYS (BESTIARIO) <i>Por Alejandro Martín</i> 55
HAPPY DAYS <i>Por Carolina Loaiza</i> 17	HAPPY DAYS <i>Por Galia Ospina Villalba</i> 57
HAPPY DAYS <i>Por Adelaida Herrera</i> 19	HAPPY DAYS: <i>Por Humberto Junca Casas</i> 59
HAPPY DAYS (FRAGMENTO) <i>Por Bernardo Ortiz</i> 29	HAPPY DAYS <i>Por Sandra Rengifo</i> 61
HAPPY DAYS <i>Por Giovanni Vargas</i> 31	HAPPY DAYS <i>Por Eme</i> 67
DÍAZ FELICES <i>Por Alain de Beaufort</i> 33	HAPPY DAYS <i>Por Víctor Albarracín</i> 69
HAPPY DAYS <i>Por Ana María Millán</i> 45	DÍAS FELICES <i>Por Lucas Ospina</i> 71



